

CUENTO

Lechu

*entre
cueva y cueva*

Tirso Fiorotto, Martín Bianchi



CUENTO

Lechu

*entre
cueva y cueva*

Texto:

Tirso Fiorotto

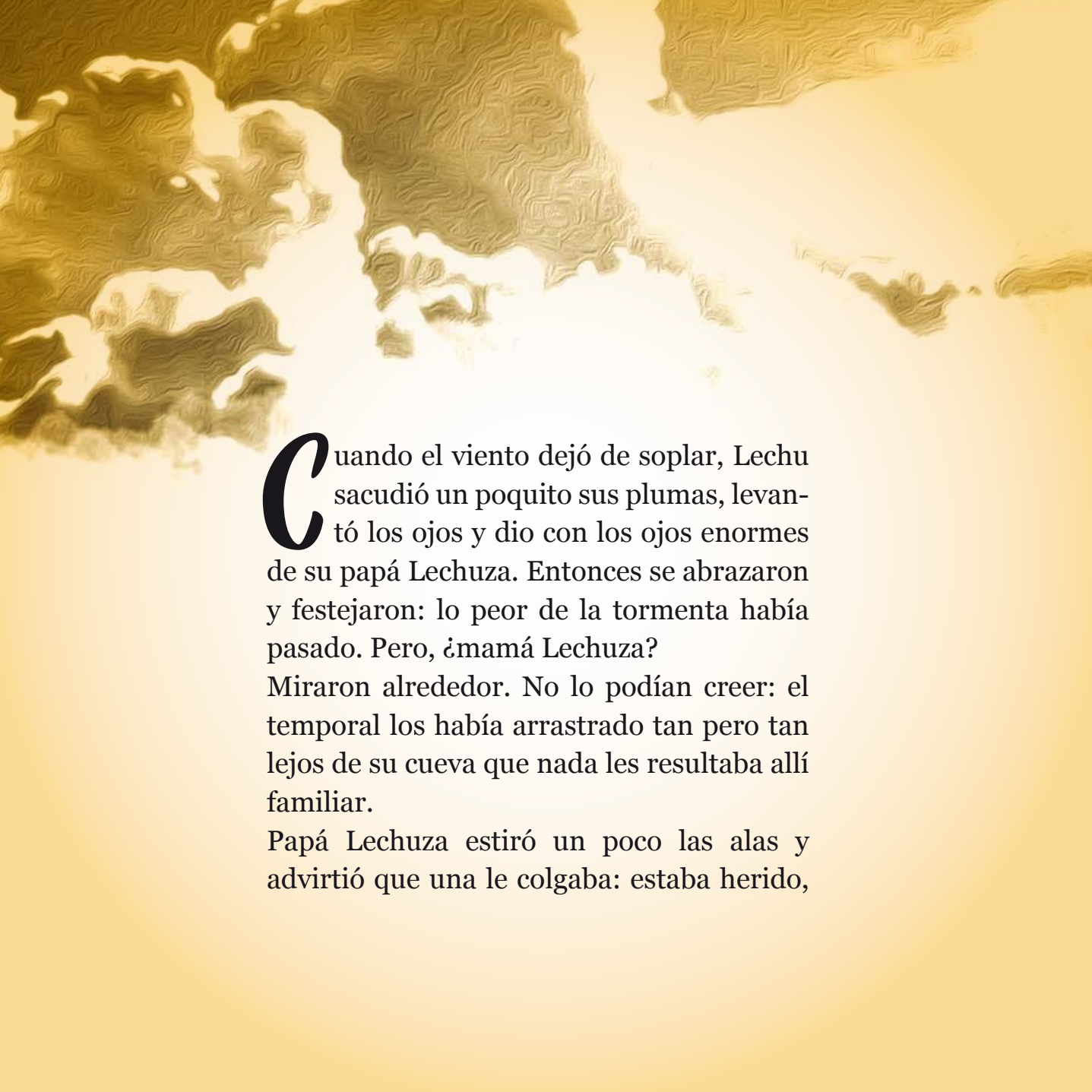
Ilustración:

Martín Bianchi



Este libro fue realizado a través de una beca de la
Fundación CAUCE - Cultura Ambiental Causa
Ecologista.

Editado por Cooperativa El Miércoles, Comunica-
ción y Cultura Ltda.
Ameghino 68, Concepción del Uruguay, Entre Ríos,
Argentina
Texto de Tirso Fiorotto
Ilustración de tapa e interior: Martín Bianchi
Diseño: Martín Bianchi



Cuando el viento dejó de soplar, Lechu sacudió un poquito sus plumas, levantó los ojos y dio con los ojos enormes de su papá Lechuza. Entonces se abrazaron y festejaron: lo peor de la tormenta había pasado. Pero, ¿mamá Lechuza?

Miraron alrededor. No lo podían creer: el temporal los había arrastrado tan pero tan lejos de su cueva que nada les resultaba allí familiar.

Papá Lechuza estiró un poco las alas y advirtió que una le colgaba: estaba herido,



no podría volar lejos por unos días. ¿Cómo buscar entonces a su compañera?

De inmediato trazó un plan.

-Lechu -le propuso a su hija-. Vas a volar cada día y me vas a traer las novedades para orientarnos, ¿te parece bien? Tenés que poner mucha atención en las cuevas, ese es nuestro hogar. Sea de día o de noche, no importa, irás por las cuevas y sólo descansaremos cuando des con los dos ojos amarillos de mamá Lechuza.





Primer viaje

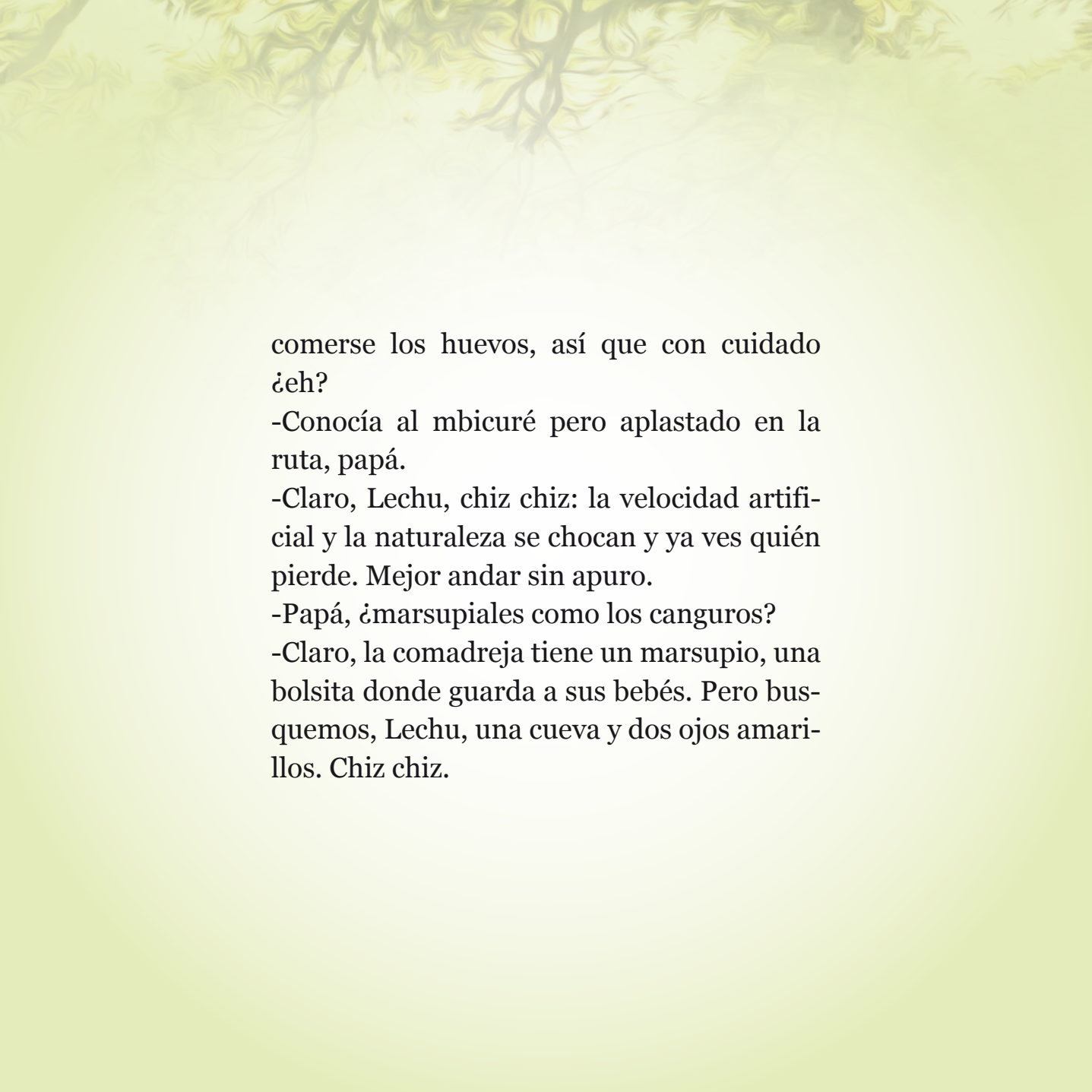
Sin más palabras, Lechu pegó un vistazo al horizonte y partió con rumbo sur.

Poco tardó en regresar al poste de alambrado, donde la esperaba ansioso papá Lechuza.

-Papá, encontré una cueva pero está en un árbol y adentro duerme un zorro peludo.

-Ah, chiz chiz, respondió papá Lechuza. Es el mbicuré, y cómo le gustan los árboles, especialmente. Ahí tiene sus cachorritos, seguro. La comadreja es la madre más valiente, mirá si tenemos que aprender de ella, chiz chiz.

Pero estamos lejos, nosotros somos aves, ellos son marsupiales. Además, les gusta



comerse los huevos, así que con cuidado ¿eh?

-Conocía al mbicuré pero aplastado en la ruta, papá.

-Claro, Lechu, chiz chiz: la velocidad artificial y la naturaleza se chocan y ya ves quién pierde. Mejor andar sin apuro.

-Papá, ¿marsupiales como los canguros?

-Claro, la comadreja tiene un marsupio, una bolsita donde guarda a sus bebés. Pero busquemos, Lechu, una cueva y dos ojos amarillos. Chiz chiz.

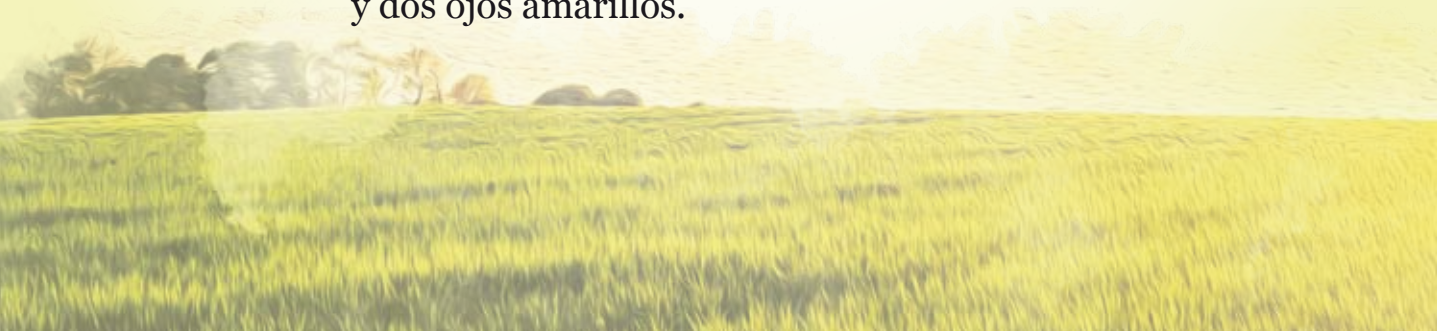


Segundo viaje

Estaba cayendo el sol y Lechu volvía al poste como una flecha, con una novedad.

-Papá, encontré al mbicuré parado en dos patitas en la orilla, estaba comiendo.

-Ah, chiz chiz. No, no, lechu. Es el osito lavador, aquí le decimos aguará popé. Si estaba paradito, es que lavaba sus alimentos antes de llevarlos a la boca. Buenas prácticas, chiz chiz. Hay que aprender del osito, claro. Son los mapaches más simpáticos, y algo tienen del zorro porque usan un antifaz, ¿te diste cuenta? Pero con cuidado, también le gustan los huevos. Sigamos buscando, Lechu: cueva y dos ojos amarillos.





Tercer viaje

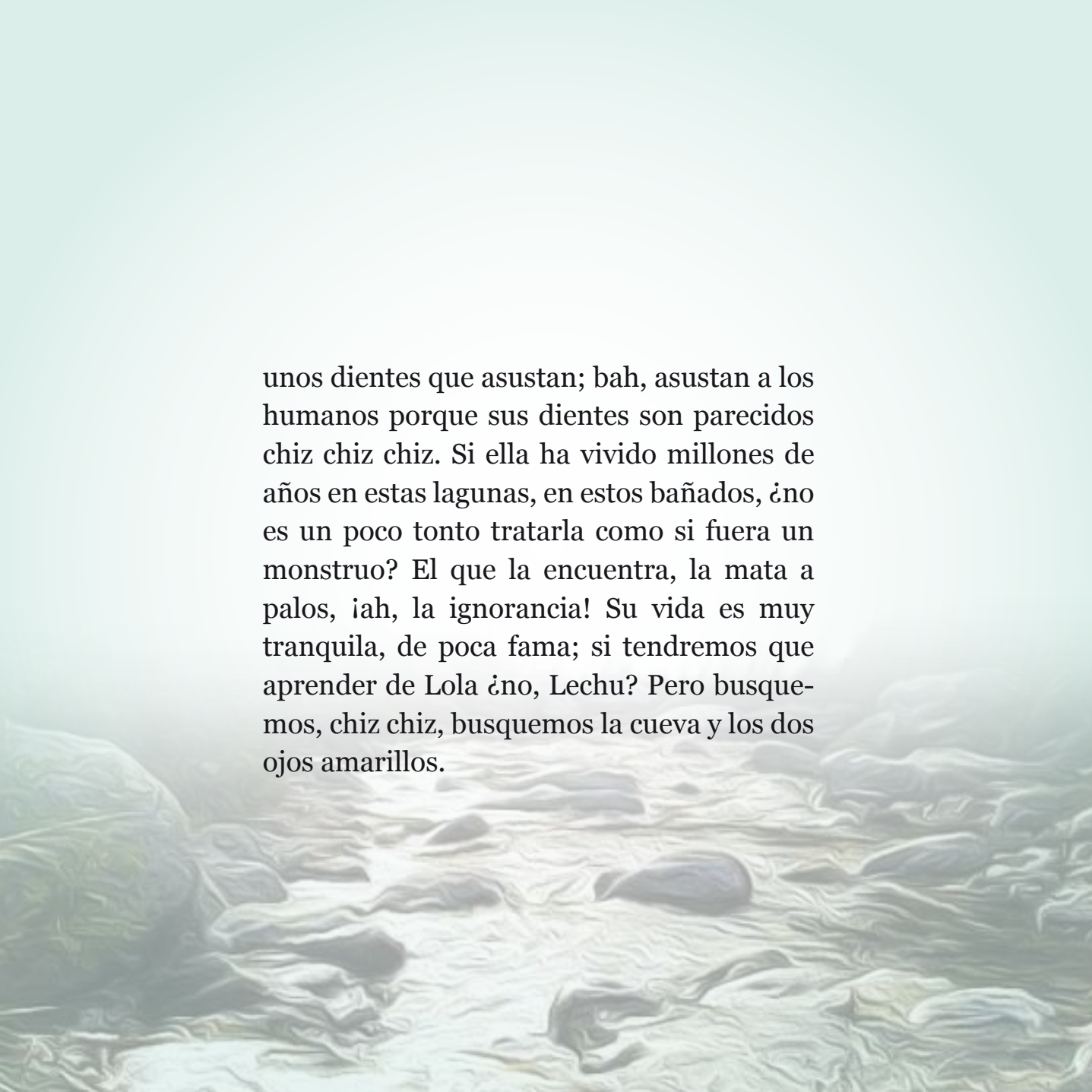
¡Cueva, papá, cueva a la vista! Encontré una cueva en el barro, y adentro, no lo vas a creer: una víbora.

-Ah, chiz chiz, es doña Lola. Mi amiga salamandra es la más viejita entre todos los habitantes del agua. Los hombres le llaman Lepidosiren paradoxa, yo le digo Lola nomás y nos entendemos bien.

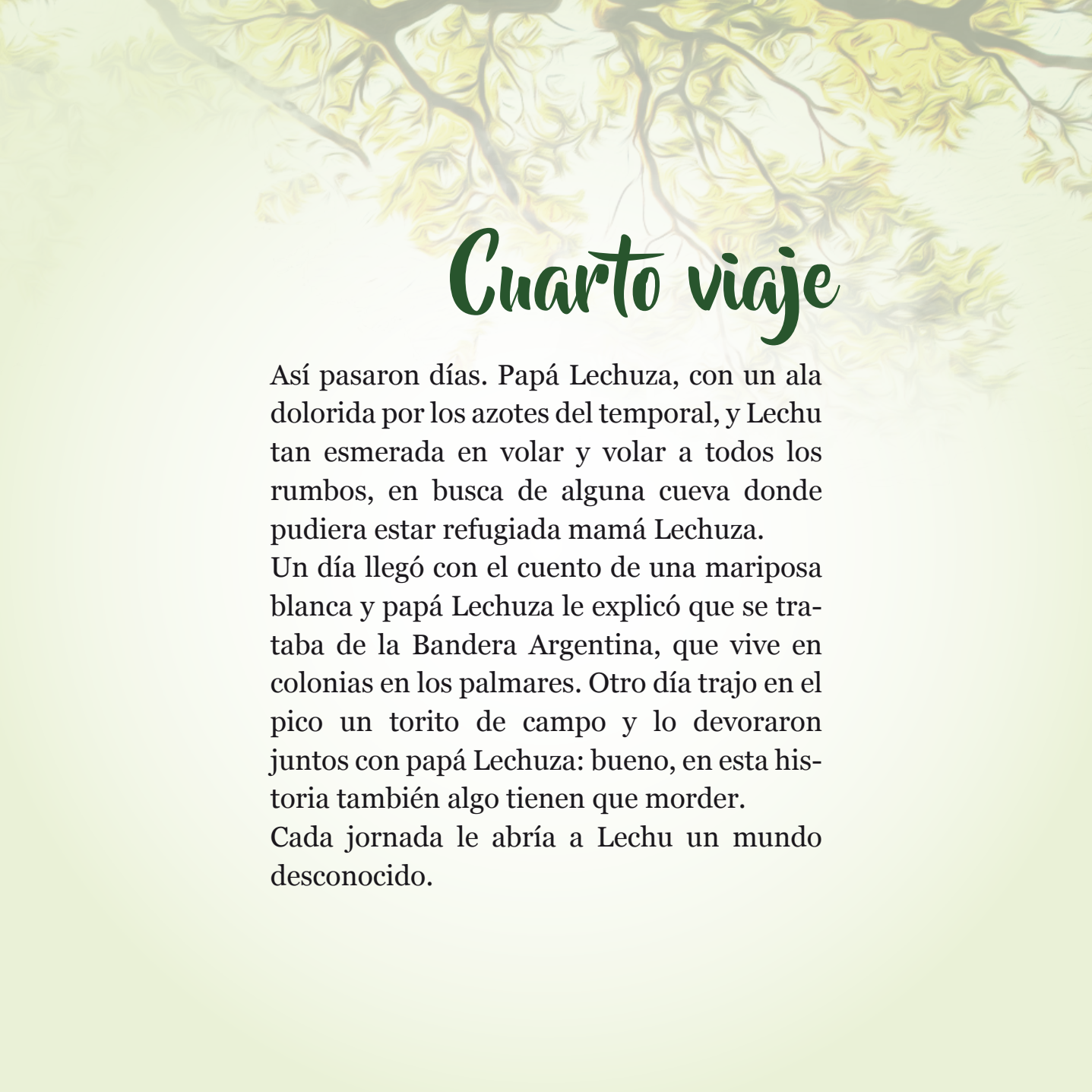
-Pero papá, esta víbora que te digo tiene patitas.

-Claro, dos de sus aletas parecen patitas, y como si fuera poco, a cada rato sale a respirar aire; es una anguila con pulmones, con





unos dientes que asustan; bah, asustan a los humanos porque sus dientes son parecidos chiz chiz chiz. Si ella ha vivido millones de años en estas lagunas, en estos bañados, ¿no es un poco tonto tratarla como si fuera un monstruo? El que la encuentra, la mata a palos, ¡ah, la ignorancia! Su vida es muy tranquila, de poca fama; si tendremos que aprender de Lola ¿no, Lechu? Pero busquemos, chiz chiz, busquemos la cueva y los dos ojos amarillos.



Cuarto viaje

Así pasaron días. Papá Lechuza, con un ala dolorida por los azotes del temporal, y Lechu tan esmerada en volar y volar a todos los rumbos, en busca de alguna cueva donde pudiera estar refugiada mamá Lechuza.

Un día llegó con el cuento de una mariposa blanca y papá Lechuza le explicó que se trataba de la Bandera Argentina, que vive en colonias en los palmares. Otro día trajo en el pico un torito de campo y lo devoraron juntos con papá Lechuza: bueno, en esta historia también algo tienen que morder.

Cada jornada le abría a Lechu un mundo desconocido.



Día veinte

Papá, encontré una cueva enorme, bajo una piedra. Me acerqué, grité ¡mamáaaa! Y aparecieron miles de cerditos con alas, volaban como locos.

-Ah, chiz chiz. Miles de murciélagos. No hay por qué preocuparse, Lechu. Los murciélagos de acá se alimentan con insectos nomás. Habrá alguno que otro que gusta chupar sangre, el *Desmodus rotundus*.

-Chupa sangre, papá; ¿es un vampiro?

-Bueno, da un pequeño mordisco y lame la herida, como un gatito, Lechu. Por ahí verás uno a caballo, chiz chiz. Cuando el Desmo-





du no puede alimentarse, entonces sus amiguitos de al lado lo convidan con un poquito. Mirá si tenemos que aprender de los vampiros ¿no te parece?

-¿Así que los murciélagos comparten, papá?

-Claro, comparten, y te digo la verdad: más de una vez me he almorzado uno de esos cerditos. Bueno, Lechu -y en voz baja-: todos tenemos derecho a un bocadito de vez en cuando ¿no?

Otros murciélagos pescan, así como te digo; buscan las mojarritas, son muy vivos, vuelan a ras de agua y las enganchan. Pero, Lechu, busquemos; ya me estoy sintiendo un poco mejor del ala, chiz chiz, pronto te acompañaré. Cueva y dos ojos amarillos, Lechu.

Día veintuno

¡Papá, cuevas y más cuevas!

Esta vez, Lechu volvió de su gira muy agitada. Después de darse un descanso para respirar, contó a papá Lechuza que se asomó a unas cuevas y vio que adentro caminaban otros zorritos peludos. Lechu había aprendido a describir a cada uno de los compañeros que encontraba en el camino.

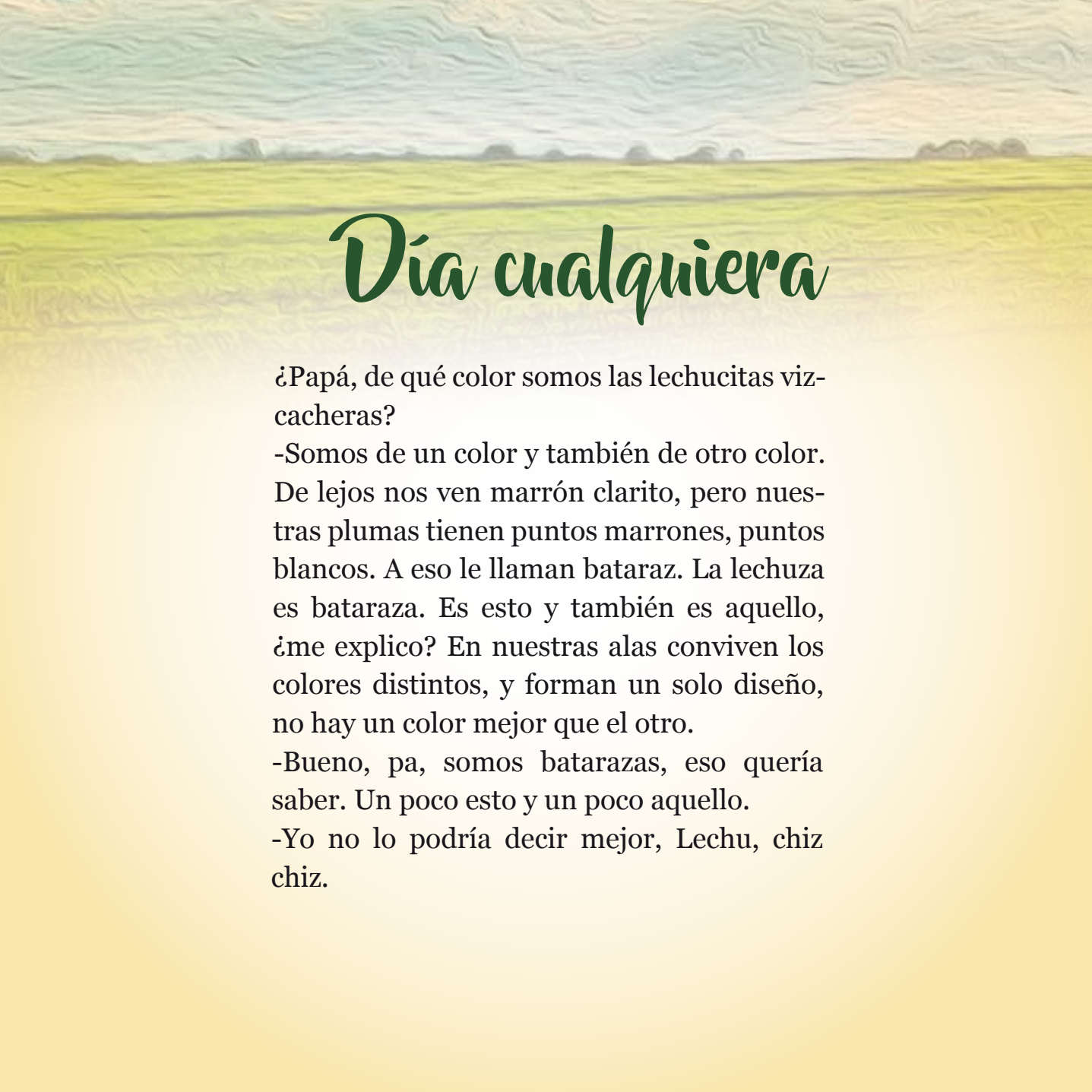
-Este es un coipo, claro, vive en su madriguera. Esa otra es una vizcacha, usa cuevas como las nuestras, por eso nos llaman lechucitas vizcacheras, ¿me explico, Lechu? Puede confundirte, claro, pero nosotras las

lechuzas somos aves, no hay que olvidar eso. Y los más grandes que me decís, bueno: esos son mis amigos los carpinchos; ellos no viven en cuevas porque son gordotes. Todos expertos en el agua como en los albardones, se adaptan, y para vivir ellos no molestan a los demás. Ah, si tendremos que aprender de los carpinchos, los coipos y las vizcachas, ¿no te parece, Lechu? Pero tenemos que seguir buscando, chiz chiz, no hay tiempo que perder.

-¿Por qué te agarró el apuro ahora, papá Lechuza?

-Porque ya pasaron tres semanas, y tengo un presentimiento.





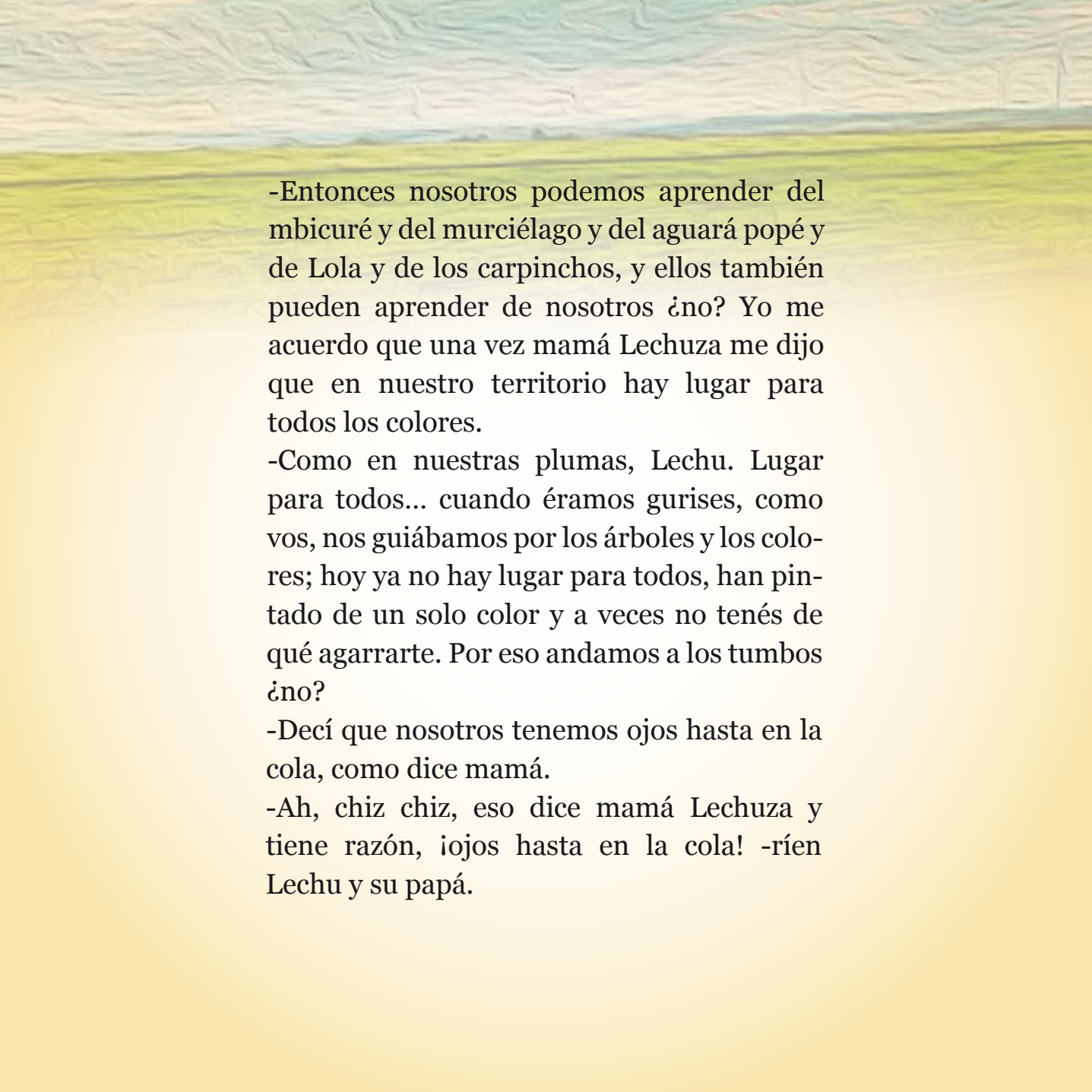
Día cualquiera

¿Papá, de qué color somos las lechucitas vizcacheras?

-Somos de un color y también de otro color. De lejos nos ven marrón clarito, pero nuestras plumas tienen puntos marrones, puntos blancos. A eso le llaman bataraz. La lechuza es bataraza. Es esto y también es aquello, ¿me explico? En nuestras alas conviven los colores distintos, y forman un solo diseño, no hay un color mejor que el otro.

-Bueno, pa, somos batarazas, eso quería saber. Un poco esto y un poco aquello.

-Yo no lo podría decir mejor, Lechu, chiz chiz.



-Entonces nosotros podemos aprender del mbicuré y del murciélago y del aguará popé y de Lola y de los carpinchos, y ellos también pueden aprender de nosotros ¿no? Yo me acuerdo que una vez mamá Lechuza me dijo que en nuestro territorio hay lugar para todos los colores.

-Como en nuestras plumas, Lechu. Lugar para todos... cuando éramos gurises, como vos, nos guiábamos por los árboles y los colores; hoy ya no hay lugar para todos, han pintado de un solo color y a veces no tenés de qué agarrarte. Por eso andamos a los tumbos ¿no?

-Decí que nosotros tenemos ojos hasta en la cola, como dice mamá.

-Ah, chiz chiz, eso dice mamá Lechuza y tiene razón, ¡ojos hasta en la cola! -ríen Lechu y su papá.



Días siguientes

El día de la sorpresa estaba cerca. Mientras tanto, Lechu seguía aprendiendo. Una mañana volvió con el cuento de un ave gigante, y papá Lechuza le explicó que el ñandú, el ave más grande del continente Abya yala, tiene fama de esconder la cabeza en una cueva, pero eso, dijo, es un invento.

Otro día describió la casa de un ave y cuando pronunció la palabra hornito, papá Lechuza llegó a la conclusión lógica: estábamos ante el casero, el hornero, el pájaro más popular de la zona, pero todo era motivo de asombro para Lechu. Y en verdad que, buscando

cueva, la cueva del hornero es de difícil acceso: uno nunca sabe en la vueltita del horno de barro con qué se encontrará.

-Mamá hornera y papá hornero amasan la arcilla y el pasto como nadie, para construir la casa más imponente que podamos imaginar, son arquitectos por naturaleza.

Cada jornada, una novedad. Por ahí apareció Lechu con un renacuajo en el pico. Tenía la cola torcida, una pata que le salía de la panza, y ella feliz de hallar un bocado para compartir. Papá Lechuza vio el renacuajo, lo examinó al detalle con sus dos ojotes amarillos, y relacionó los problemas de salud de ese embrión de ranas con ciertos olores que traían las brisas de tanto en tanto. Esa noche papá Lechuza no pegó un ojo.





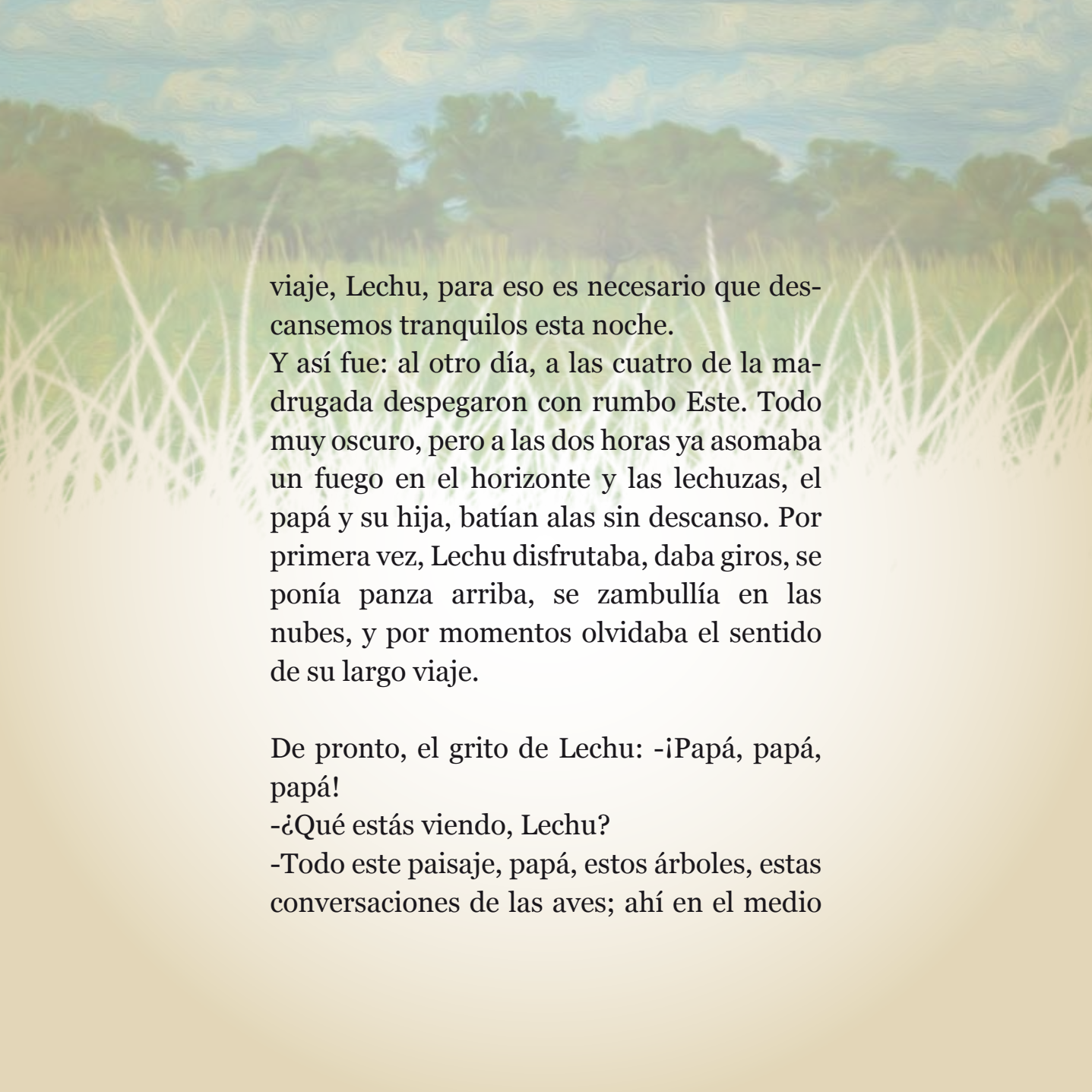
Día veintiocho

Papá, hoy no encontré nada. Todo es tierra y más tierra, polvo y polvo, desde el aire no se ve nada de nada, falta aire.

-Ah, Lechu, chiz chiz, si falta el aire, mal presagio. Hay que buscarlo en otra parte. Hoy me siento bien, ya podré acompañarte.

Lechu se alegró por la noticia de papá Lechuza. Podrían volar juntos, si al fin y al cabo cuatro ojos ven más que dos.

-Lechu, ya fuiste al Sur, al Norte, al Oeste; mañana muy tempranito volaremos hacia el Este, adonde sale el sol. Haremos un largo



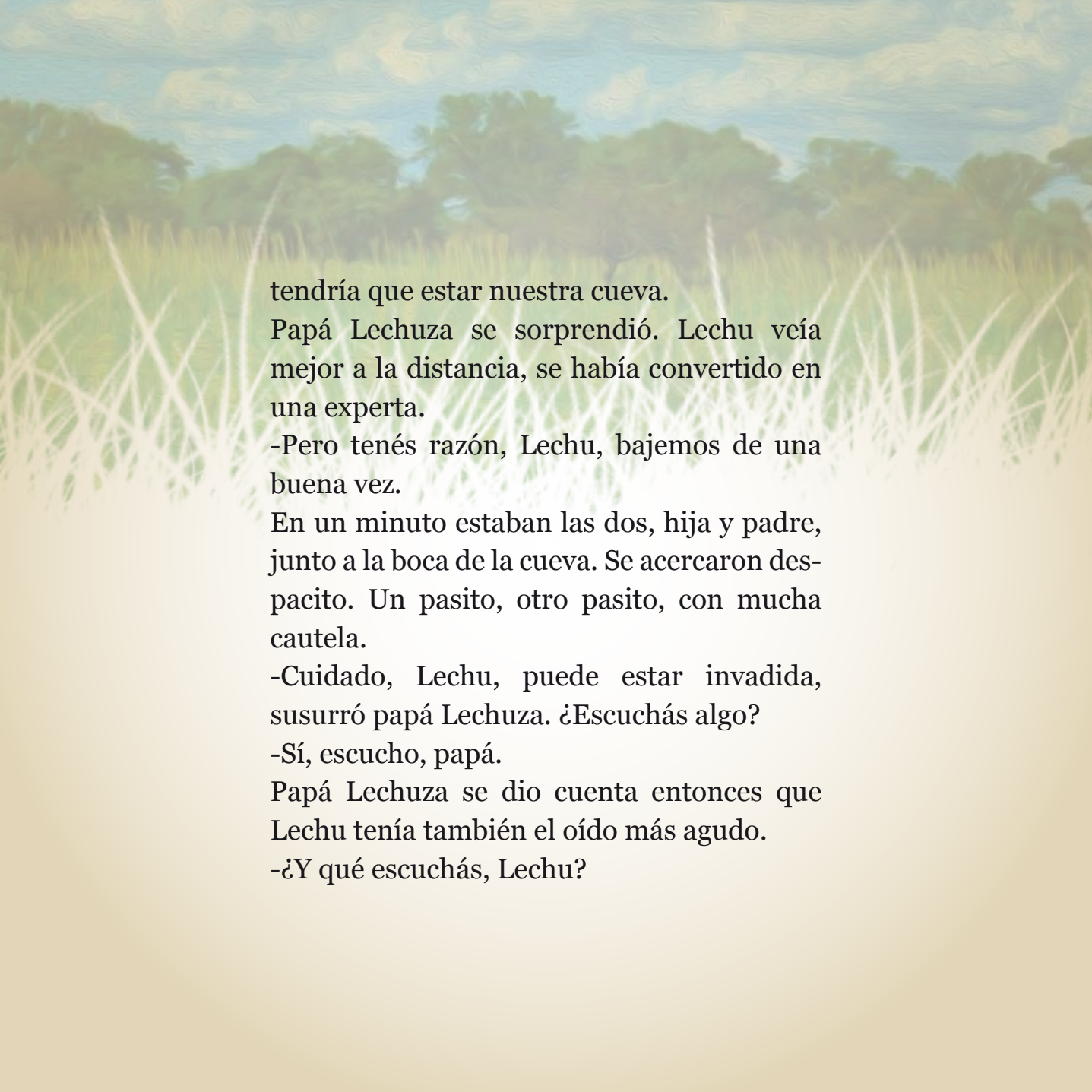
viaje, Lechu, para eso es necesario que descansemos tranquilos esta noche.

Y así fue: al otro día, a las cuatro de la madrugada despegaron con rumbo Este. Todo muy oscuro, pero a las dos horas ya asomaba un fuego en el horizonte y las lechuzas, el papá y su hija, batían alas sin descanso. Por primera vez, Lechu disfrutaba, daba giros, se ponía panza arriba, se zambullía en las nubes, y por momentos olvidaba el sentido de su largo viaje.

De pronto, el grito de Lechu: -¡Papá, papá, papá!

-¿Qué estás viendo, Lechu?

-Todo este paisaje, papá, estos árboles, estas conversaciones de las aves; ahí en el medio



tendría que estar nuestra cueva.

Papá Lechuza se sorprendió. Lechu veía mejor a la distancia, se había convertido en una experta.

-Pero tenés razón, Lechu, bajemos de una buena vez.

En un minuto estaban las dos, hija y padre, junto a la boca de la cueva. Se acercaron despacito. Un pasito, otro pasito, con mucha cautela.

-Cuidado, Lechu, puede estar invadida, susurró papá Lechuza. ¿Escuchás algo?

-Sí, escucho, papá.

Papá Lechuza se dio cuenta entonces que Lechu tenía también el oído más agudo.

-¿Y qué escuchás, Lechu?

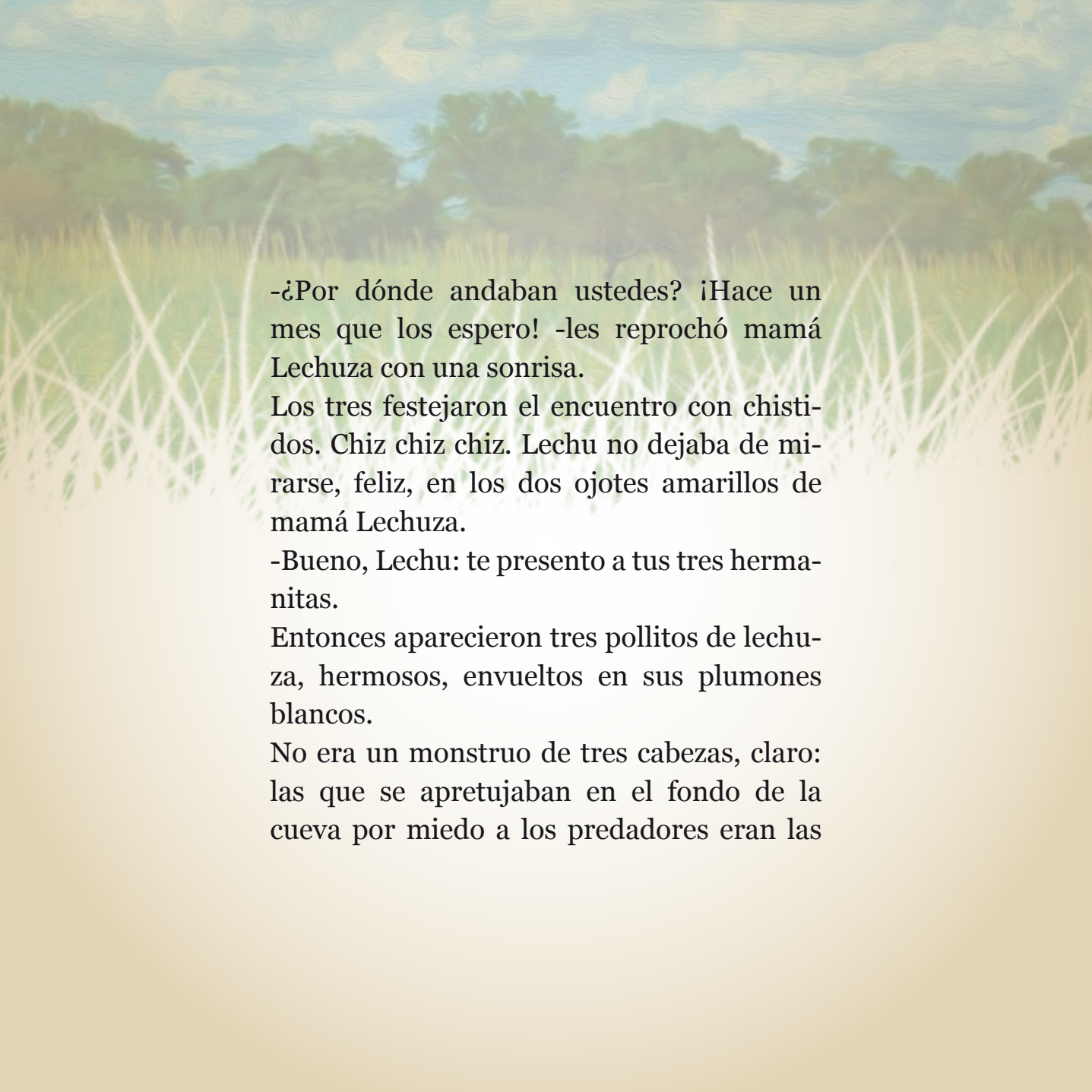


-Una conversación, papá.

Entonces los dos asomaron sus ojotes dentro de la cueva y alcanzaron a ver a lo lejos, en el nido, allá en lo hondo, como un monstruito de tres cabezas que los amenazaba. Lechu dio un salto para atrás, y izas! Chocó su colita con algo: detrás de Lechu y de su papá, cuando menos lo esperaban, había aterrizado mamá Lechuza, con dos bichitos en el pico.

Lechu y su papá quedaron mudos, con el pico abierto.

Sin decirles una sola palabra, mamá Lechuza se metió en la cueva, y salió al instante a saludar. Laaargo abrazo entre los tres. ¡Por fin se habían encontrado!



-¿Por dónde andaban ustedes? ¡Hace un mes que los espero! -les reprochó mamá Lechuza con una sonrisa.

Los tres festejaron el encuentro con chistidos. Chiz chiz chiz. Lechu no dejaba de mirarse, feliz, en los dos ojotes amarillos de mamá Lechuza.

-Bueno, Lechu: te presento a tus tres hermanitas.

Entonces aparecieron tres pollitos de lechuza, hermosos, envueltos en sus plumones blancos.

No era un monstruo de tres cabezas, claro: las que se apretujaban en el fondo de la cueva por miedo a los predadores eran las



tres hermanas de Lechu, recién salidas del huevo. Ahora estaban allí, llenas de inocencia, esperando el abrazo de la hermana y de papá.

Para Lechu fue el día más feliz de su vida.

Entonces supo que, en las cuatro semanas que estuvieron perdidos y con papá accidentado, mamá Lechuza debió ocuparse sola en empollar tres huevitos blancos y con tanta buena suerte que ayer nomás habían nacido esas tres suaves lechucitas vizcacheras, sus hermanas.



Viene el tractor

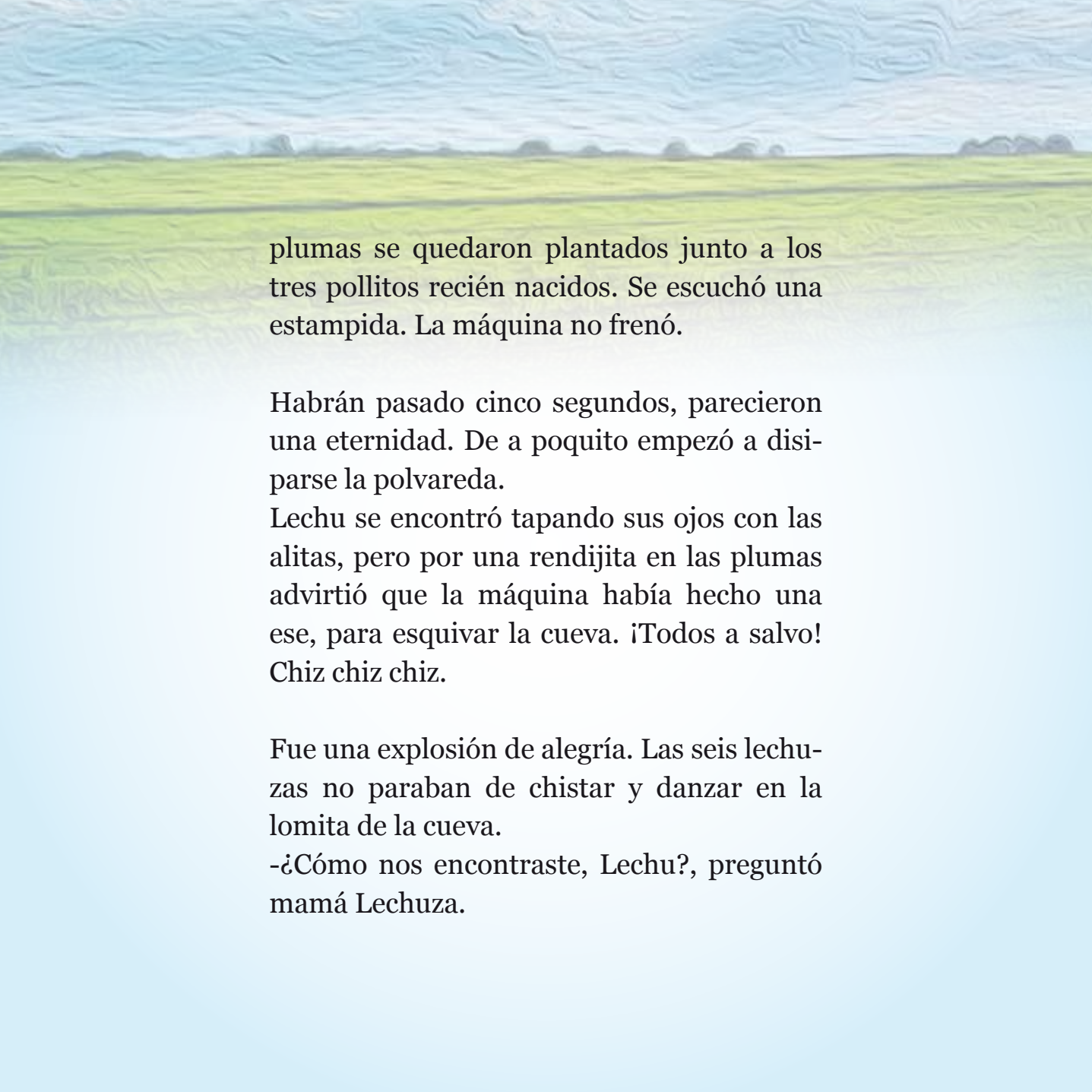
Ahora se preparaban para festejar en una ronda mientras papá Lechuza vigilaba en busca de algún alimento. De pronto, en el horizonte asomó la trompa de una máquina que levantaba polvareda. Mamá Lechuza reunió de un chistido a toda la familia, los seis se pararon en la lomita de la cueva para hacerle frente. La máquina se acercaba amenazante, en cuestión de minutos destrozaría la cueva y la felicidad.

Como el armatoste no paraba, cuando estaba a un metro de la cueva, los tres mayores que podían alzar vuelo y salvar sus









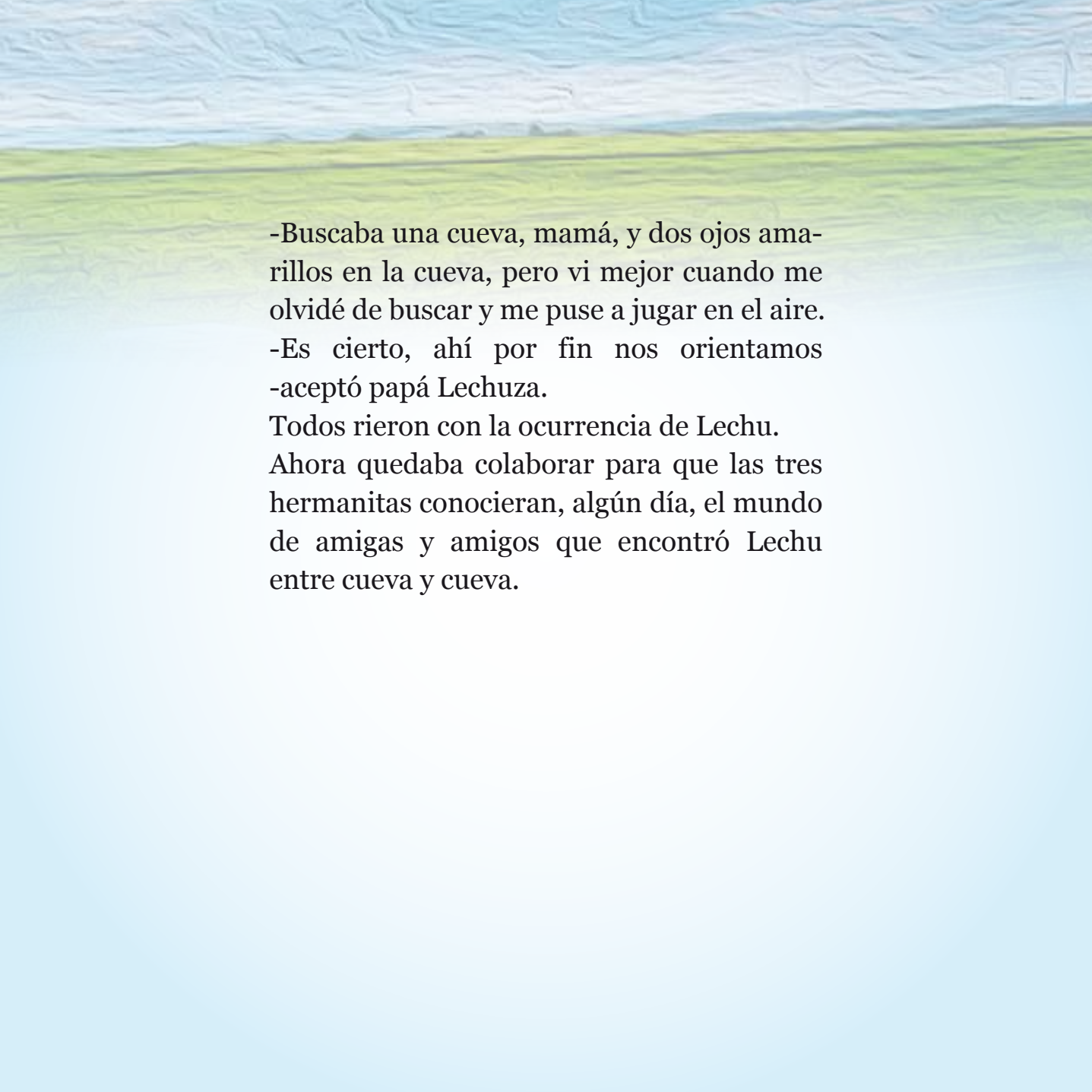
plumas se quedaron plantados junto a los tres pollitos recién nacidos. Se escuchó una estampida. La máquina no frenó.

Habrán pasado cinco segundos, parecieron una eternidad. De a poquito empezó a disiparse la polvareda.

Lechu se encontró tapando sus ojos con las alitas, pero por una rendijita en las plumas advirtió que la máquina había hecho una ese, para esquivar la cueva. ¡Todos a salvo! Chiz chiz chiz.

Fue una explosión de alegría. Las seis lechuzas no paraban de chistar y danzar en la lomita de la cueva.

-¿Cómo nos encontraste, Lechu?, preguntó mamá Lechuza.



-Buscaba una cueva, mamá, y dos ojos amarillos en la cueva, pero vi mejor cuando me olvidé de buscar y me puse a jugar en el aire.
-Es cierto, ahí por fin nos orientamos
-aceptó papá Lechuza.

Todos rieron con la ocurrencia de Lechu.
Ahora quedaba colaborar para que las tres hermanitas conocieran, algún día, el mundo de amigas y amigos que encontró Lechu entre cueva y cueva.



